

Guerra y revolución militar en la Iberia del siglo XVII

Lorraine White

University of Wollongong, School of History & Politics
2522 NSW Australia
lorraine_white@uow.edu.au

Resumen

Todavía continúan los debates sobre la revolución militar (RM) acaecida a comienzos de la Europa moderna. En un esfuerzo por determinar si la Iberia del siglo XVII merece permanecer en la periferia o ser incorporada a los territorios al centro de la RM, este artículo toma como caso de estudio la guerra Luso-castellana de 1640-68. En la aplicación de ciertos aspectos de la teoría de Roberts-Parker —estrategias y tácticas, y tamaño y composición de los ejércitos— a los hechos documentados de los bandos involucrados en la guerra más larga del siglo XVII ocurrida en Iberia, el artículo examina los recientes refinamientos de la teoría de la RM elaborados por David Parrott y John Lynn.

Palabras clave: Siglo XVII, Portugal y Castilla, guerra, revolución militar.

Resum. *Guerra i revolució militar a la Ibèria del segle XVII*

Actualment encara continuen els debats sobre la revolució militar que va tenir lloc a principis de l'època moderna a Europa. En un esforç per determinar si la Ibèria del XVII mereix romandre a la perifèria o ser incorporada dins els territoris del centre d'aquesta revolució, aquest article pren com a cas d'estudi la guerra luso-castellana del 1640-68. En l'aplicació de certs aspectes de la teoria de Roberts-Parker —estratègies i tàctiques i magnitud i composició dels exèrcits—, als fets documentats dels bàndols involucrats en la guerra més llarga del segle XVII que ocorregué a Ibèria, l'article examina en profunditat les recents aportacions de la teoria de la revolució militar elaborats per David Parrot i John Lynn.

Paraules clau: Segle XVII, Portugal i Castella, guerra, revolució militar.

Abstract. *War and military revolution in seventeenth-century Iberia*

The debate over la Revolución Militar (RM) in early modern Europe still continues. In an effort to determine if seventeenth-century Iberia deserves to remain on the periphery or be incorporated into the so-called «heartlands» of the RM, this article takes as a case study the Luso-castilian war of 1640-1668. In testing aspects of the Roberts-Parker theory —notably strategy and tactics, and army size and composition— against evidence from both parties to the longest war in seventeenth century Iberia, it examines some of the recent refinements of the MR theory elaborated by David Parrott and John Lynn.

Key words: Seventeenth-century, Portugal and Castile, war, Military Revolution.

En contraste con la creciente existencia de publicaciones sobre la revolución militar (de aquí en adelante, RM) al comienzo de la Europa moderna, en las que se incluyen estudios de los ejércitos españoles luchando en Europa (principalmente sobre el ejército de Flandes)¹, poco se sabe sobre Iberia. Estudios recientes señalan la importancia de la introducción y uso de armas de fuego a finales del siglo xv y xvi, principalmente en la guerra de Granada de 1482-1492, y en la conquista y defensa de plazas fuertes en el norte de África, las *praças* portuguesas y presidios castellanos (Stewart, 1961; Ladero Quesada, 1967; Vogt, 1977; Hess, 1978; Cook, 1994; McJoynt y Prescott, 1995). Se conoce aún poco con respecto a la difusión de estrategias y tácticas asociadas a la RM en Iberia². El estudio sobre las guerras y actividades militares de la península ibérica a últimos del siglo xv y en el xvi —la guerra Luso-castellana de 1475-1479, la conquista de Granada (1482-92), la conquista de Navarra (1512), las guerras con Francia (1521 y 1547-1549) y la aneación de Portugal y su imperio (1580-1583)— merece una investigación más profunda e individualizada para cada una de las guerras desde la perspectiva de la RM. Este estudio se concentrará en el siglo xvii, durante el cual las guerras en Iberia eran de más duración que las del siglo anterior. Asimismo, mediante la investigación de la presencia de ciertas características de la guerra en Iberia asociadas con la RM, dicho estudio se concentrará en la guerra Luso-castellana (también llamada la guerra de Restauración o de la Independencia Portuguesa) de 1640-68, la más larga de todos los conflictos peninsulares de su siglo.

La guerra de 1640-1668 fue considerada durante la mayor parte de su transcurso una guerra secundaria supeditada a la guerra contra Francia (1635-1659) y a la supresión de la revuelta de Cataluña (1640-1652)³. El gobierno de los Habsburgos en Madrid no tuvo la oportunidad de priorizar esta guerra hasta la penúltima fase (efectivamente entre 1662 y 1665). Paradójicamente, este hecho aumenta el interés en relación a la aplicación de la RM en Iberia en vez de disminuirlo como sería de esperar, al considerar este frente de guerra desconectado y atrasado en relación a las últimas innovaciones tecnológicas militares. Dada la alarmante escasez de hombres, pertrechos y dinero, se esperaba que Madrid concentrara sus esfuerzos en las guerras más importantes como en Flandes, en los territorios alemanes, en la frontera con Francia y el País Vasco, y en el Reino de Aragón; así como en los principados de Cataluña e Italia (principalmente durante las revueltas de Nápoles y Sicilia en 1647-48). Se enviaron las mejores tropas y generales a estas guerras, veteranos de acciones militares previas y lógicamente suponemos que con las mejores armas. Si no hubieran actuado de esta forma así como adoptado las recientes

1. Los artículos clave sobre la RM, incluso los de Roberts y Parker, están publicados en Rogers (1995). Sobre Europa: Rogers (1985); Parker (1996). Sobre estados individuales: para Inglaterra, Eltis, 1995; para Francia, Lynn (1997), y Parrott (2001); sobre el ejército de Flandes, Parker (1972); González de León, (1992).
2. Ladero Quesada (1967); McJoynt y Prescott (1995). Véase también White, 2002, y Espino López, (1999).
3. Sobre la guerra contra Francia en la Península, véase Sanabre (1956), y Vassal-Reig (1934), y sobre la revuelta catalana y sus causas Elliott (1963). En su medida, estas guerras peninsulares estuvieron también supeditadas a la participación de España en ultramar en la Guerra de los Treinta Años.

tácticas que habían sido desarrolladas e introducidas por los ejércitos enemigos de Suecia, las Provincias Unidas (Holanda) y Francia, los ejércitos españoles hubieran corrido el riesgo de una derrota.

Cabe preguntarnos cuál era entonces la situación en una guerra secundaria como la de la frontera Luso-castellana, donde se dependía casi totalmente en reclutamiento de soldados y militares locales (White, 1985 y 2002). Este estudio se concentrará en dos aspectos principales de la RM, ya presentados por Roberts-Parker en sus proposiciones: estrategias y tácticas de los ejércitos enemigos de Castilla y Portugal, así como del tamaño y composición de los mismos. Otros elementos de dicho modelo clásico referidos a la guerra de 1640-1668 han sido ya presentados⁴. Este estudio procurará incorporar ciertos refinamientos a la teoría de la RM, como por ejemplo, la guerra de posición⁵. También mostrará que los tipos de guerra tradicional se mantuvieron y se llevaron a cabo junto con las innovaciones militares «modernas», tanto en encuentros de pequeña escala como en conflictos mayores. Este estudio explorará además la viabilidad de la teoría de David Parrott al asegurar que algunas de las reformas asociadas con la RM se pueden explicar mejor en relación a soluciones pragmáticas debidas a problemas de dinero o reclutamiento (Parrott, 1995 y 2001).

Primeramente, necesitamos subrayar una característica especial en la guerra de 1640-1668 que hizo diferenciarla de las demás guerras: en el teatro principal de la guerra un año se dividía en dos temporadas de campaña —la primera en primavera (de marzo a mediados de julio), y la otra, siendo un poco más corta, en otoño (de octubre a noviembre). Aunque ocasionalmente las actividades militares (sitios comenzados en la segunda temporada de campaña en particular) sobrepasaban dichos periodos, el clima era el principal componente al determinar el comienzo de las maniobras de guerra en los frentes principales (las regiones de Extremadura en Castilla y Alentejo en Portugal). En dichas regiones, las altas temperaturas de verano endurecían las carreteras destruyendo el transporte sobre ruedas⁶, y la falta de lluvia secaba el pasto, privando a los caballos y al ganado de alimento. Mientras que esto creaba un problema de abastecimiento serio, particularmente para la caballería —la mayoría tenía que ser enviada y alojada en el interior ya que los asentamientos de la frontera no podían abastecerse de forraje para los caballos—, prácticamente imposibilitaba la movilización de la artillería durante el verano. Por el contrario, como en otras partes de Europa, las lluvias torrenciales en invierno convertían continuamente los caminos de tierra en caminos de lodo, mientras que los ríos y canales que permanecían secos la mayor parte del año se convertían en obstáculos peligrosos e impassables hasta el comienzo de la primavera⁷. Por otra parte, el calor no era el único motivo que forzaba a los ejércitos principales de

4. Sobre la RM y fortificaciones véase White, de próxima aparición. A su disposición, un estudio preliminar sobre el gobierno y el impacto de la guerra en mi tesis doctoral, White, 1985.

5. Para un caso de estudio sobre la guerra de posición en el contexto francés, véase Lynn, 1993.

6. Maltby (1983): 289, quien dice que las pesadas carretas de Alba tiradas por bueyes se rompieron forzándolo a mandar ordenar la vuelta de 100 de sus carretas de mulas al ser más ligeras para recoger la comida de las carretas rotas.

7. Ericeira (1946), II: 357, menciona que el río Guadiana era imposible de cruzar durante el invierno.

ambos bandos a descansar en verano. Otro problema que concernía a la guerra de 1640-1668 era el aumento en las desertiones en verano por parte de los hombres de ambos ejércitos regulares. Este problema se acrecentaba con respecto a las milicias y regimientos auxiliares que se movilizaban para luchar con el ejército o para defender los fuertes de la frontera cuando las guarniciones regulares iban de campaña. No obstante, al ser un problema que afectaba a ambos países a ninguno de ellos le supuso una ventaja sobre el otro. De todos modos, este hecho representaba el mismo problema en otras partes de Europa, donde las tropas reclutadas localmente sufrían un índice de desertión más alto que el de los soldados reclutados en tierras distantes⁸.

Para analizar la guerra de 1640-1668 aplicando la teoría de la RM de Roberts/Parker, comenzaremos con el elemento de la estrategia. Con la monarquía de los Habsburgo involucrada en una guerra contra Francia en el lado este de la frontera peninsular así como enfrentados a la revuelta de Cataluña desde 1640, la decisión de movilizar fuerzas adicionales a lo largo de los 1.000 kilómetros de la frontera con Portugal ubicó firmemente la guerra Luso-castellana en la estrategia a gran escala de la monarquía Habsburgo española⁹. En varias ocasiones de diciembre de 1640 a 1643, los consejos de Estado y Guerra decidían la conveniencia de darle prioridad a la guerra de Portugal sobre la del frente catalán. El Conde Duque de Olivares, favorito del rey Felipe IV, propuso darle la misma prioridad a ambas guerras (es decir, hacer una campaña de acometida en ambos frentes). Debido a la precaria situación de los recursos de Castilla, el rey decidió darle prioridad al restablecimiento de Cataluña, situando el frente del oeste en pie de guerra defensiva (Elliott, 1986: 610 y 612; Valladares 1991: 12-16; Valladares, 1992: 28; White, 1985, 226-230), situación en la que permaneció hasta finales de 1650. En Portugal, incluso antes de que surgieran las hostilidades, el nuevo régimen se movilizó rápidamente para situar la anticipada guerra en un marco europeo: se enviaron embajadores a Barcelona, a la corte francesa e inglesa, a La Haya, Suecia y Dinamarca (en otras palabras, a los enemigos españoles), y también a Roma. El objetivo no consistía solamente en justificar el golpe de Estado de 1640 y de asegurarse el reconocimiento de João IV como rey de Portugal, sino también en negociar tratados así como obtener armas y ayuda para apoyar los esfuerzos diplomáticos y ofensivos de Portugal (Prestage, 1917, 1920 y 1925). Al mismo tiempo que Madrid presionaba al Papa para denegar una audiencia al representante portugués, en 1644 varios delegados de João IV atendieron en calidad de miembros de las delegaciones de Francia y de las Provincias Unidas al Congreso de Paz de Münster y Osnabrück, celebrado para dar final a las guerras en Europa (más tarde se la denominaría la Guerra de los Treinta Años)¹⁰.

8. PARKER (1995b: 36). Para verificación sobre España véase White, 2002: 5-6. La desertión entre los milicianos también aumentaba en otoño al regresar a sus casas y sembrar la semilla para la cosecha del año siguiente.
9. Sobre la guerra de 1640-1668 y la política internacional de la monarquía hispánica, véase Valladares, 1998.
10. Véase Prestage, 1925, Croxton, 1999 y Cardim, 1998. España y sus aliados rehusaron persistentemente en aceptar la petición de Portugal de ser incluida en las deliberaciones y negociaciones.

En sus respectivas fronteras, cada bando movilizaba y mantenía varios ejércitos, aunque como veremos más adelante, los portugueses no podían mantener en el principal frente de guerra un ejército tan grande como el castellano. Para facilitar la movilización de tropas en la región fronteriza (llevada a cabo utilizando una combinación de recursos medievales y «modernos»), Castilla inicialmente estableció nueve comandos militares, reducidos a mediados de 1641 a cinco (White, 1985: 240). Oponiéndose a las fuerzas castellanas, Portugal contaba con cinco ejércitos. Hasta el traslado en 1661 a Estremoz del cuartel general del ejército portugués de Alentejo, las sedes de los respectivos ejércitos principales estaban situadas prácticamente una enfrente de la otra: la del Alentejo en Elvas, y la de Extremadura en Badajoz. En la frontera del norte de Portugal, las sedes de las fuerzas castellanas de Galicia situadas en Tuy y Padrenda (más tarde en Monterrey) se encontraban prácticamente enfrente de las sedes portuguesas de Entre Douro e Minho en Valença (aunque después más lejos, en Viana) y Chaves. Las sedes de los ejércitos de Castilla la Vieja en Puebla de Sanabria y Ciudad Rodrigo se situaban frente a las sedes portuguesas de los ejércitos de Tras-os-Montes en Bragança, y de Beira en Almeida (aunque dividida periódicamente en dos comandos situados en Pinhel y Castelobranco); y en el sur, la sede castellana en Ayamonte en Andalucía estaba situada en frente de la sede portuguesa en el Algarve en Castro Marim, al otro lado del río Guadiana. La necesidad de líneas defensivas a lo largo de la frontera y los problemas de movilización de recursos forzaron la dispersión de dichos ejércitos en cierto número de pueblos y aldeas cercanas a la frontera. En Extremadura, por ejemplo, los límites de la jurisdicción del norte estaban separados de los límites del sur por 200 kilómetros. Esta distancia fue clasificada repetidamente por varios jefes militares como imposible de defenderla debidamente¹¹. No sorprende el observar que la organización entre las distintas unidades del mismo ejército fuera deficiente, y que la coordinación entre los mismos fuera incluso peor. Ante la petición de socorro recibida por áreas sometidas a ataques, los jefes militares de la jurisdicción correspondiente reaccionaron con el envío de refuerzos, pero debido a retrasos en las comunicaciones y al tener que posicionar a las tropas en lugares «clave» los dejaron a menudo a merced del enemigo. El que mayor presión recibía era el frente principal de guerra portugués en Alentejo; por lo tanto las peticiones de refuerzos para aplacar las ofensivas castellanas recaían frecuentemente en los ejércitos vecinos de Beira y el Algarve. Debido a dicha deficiencia en el sistema de comunicación, el despacho de refuerzos de defensa era prácticamente inútil a menos que se recibieran previos avisos basados en informes (o rumores) de las maniobras enemigas. Incluso para un solo ejército, cuando sus tropas se dispersaban en sus cuarteles, les llevaba varios días — cinco en el caso del principal ejército portugués en Alentejo, como señaló el Consejo de Guerra en 1653— antes de que pudieran organizarlas para entrar en acción¹². Aun así, la dispersión de las tropas en los cuarteles situados estratégicamente en lugares importantes se consideraba

11. Véase, por ejemplo, A(rchivo) G(eneral de) S(imancas), G(uerra) A(ntigua), (legajo) 1425, consulta Junta de Execución, 26-5-1642; *ibid.* 1469, consulta Junta de Guerra de España, 11-9-1643.

12. Véase Lopes de Almeida y Pegado, 1940: 23-25, *assento* de 22-10-1653.

la fuerza defensiva más importante de Portugal, al privar a Castilla de un centro de gravedad que le permitiera servir de blanco y ser destruído de un solo ataque¹³.

A pesar de todas las dificultades, de vez en cuando se hacían intentos de formular cierta clase de estrategia general para el «frente del oeste», y de coordinar las ofensivas de dos o más ejércitos aliados. Nada más comenzar la guerra, por ejemplo, habiendo concluído un tratado con Francia en junio de 1641, en el cual João IV prometía hacer una ofensiva, al mes siguiente ordenó a todos sus ejércitos cruzar la frontera con Castilla para acometerla (Ericeira, 1946, I: 268). De forma semejante las ofensivas portuguesas de 1643 y 1644 también estaban unidas a tratados internacionales. Concretamente los congresos para la paz inaugurados en Alemania, en los que se intentó presionar a Castilla para negociar un acuerdo favorable, así como también responder a las demandas francesas de abrir una ofensiva en el frente del oeste y forzar a Madrid a retirar una parte de sus fuerzas de Cataluña. La ofensiva de 1643, en la que estaban involucrados dos de los ejércitos portugueses —los ejércitos de Alentejo y Entre Douro e Minho— probablemente fue la más victoriosa de todas, y forzó a Madrid a tomar medidas de emergencia como el plan de trasladar la sede del ejército de Extremadura a Llerena en anticipación al sitio de Badajoz, aunque el traslado nunca se produjo¹⁴. Además, era la primera vez que el gobierno de los Habsburgo reconocía que los portugueses podían penetrar fácilmente en el corazón de Castilla y terminar con su capacidad de enviar ayuda a todas partes. Este hecho incitó la propuesta de que los ejércitos de Cataluña y Extremadura tuvieran preferencia sobre los del resto de la monarquía¹⁵; aún así pasarían otros dieciocho años antes de que se le diera prioridad al frente del oeste. Se produjeron más intentos de coordinar el ataque de dos o más ejércitos. En 1661, por ejemplo, las incursiones realizadas en territorio portugués por los ejércitos de Galicia y Castilla la Vieja (con su sede en Ciudad Rodrigo) fueron coordinadas para realizar la mayor ofensiva producida por el ejército de Extremadura en el Alentejo con el propósito de debilitar a los portugueses (Valladares, 1998b: 58). En 1663, de nuevo, coincidiendo con una ofensiva importante realizada por el ejército de Extremadura, Felipe IV ordenó que «por Galicia tengo por conveniente se continúe la guerra ofensiva» (Valladares, 1998b: 60). En 1667, los portugueses coordinaron ofensivas en dos frentes, atacando Monterrey en Galicia, y en el sur en las proximidades de Huelva en Andalucía (Valladares, 1998b: 67). Otros intentos de coordinación entre ejércitos ocurrían cuando un segundo ejército se involucraba en un ataque de divertimento, generalmente un asedio, en un intento de forzar al enemigo a levantar el sitio impuesto a una fortaleza importante. A finales de agosto de 1658, con la sede del ejército de Extremadura bajo sitio comenzado en julio, «con orden expresa que para ello tuvo de Su Majestad, entró en Portugal el sr. Marques [de Viana] Governador, a molestar por aquella parte a los enemigos, y divertirlos del

13. Concepto identificado por Clausewitz, 1984: 487.

14. Incluso durante el sitio de cuatro meses de duración de 1658-1659, la sede permaneció en Badajoz. La esperanza de liberar el asedio influyó tanto en la toma de esta decisión como la reputación.

15. AGS GA 1469, «puntos que se representan para tomar resolución con ocasion de la entrada que han hecho en Estremadura el revelde de Portugal», 22-9-1643.

sitio que atrevidamente avian puesto a la ciudad de Badajoz», poniendo sitio a Monção (Anónimo, 1659). Como mínimo el asedio consiguió mantener ocupados a tres tercios de las tropas del ejército de Entre Douro e Minho y a cuatro de milicianos, imposibilitando a los portugueses a mandar refuerzos al frente de Extremadura tal y como lo hicieron el año anterior, cuando enviaron 4.000 hombres para unirse al ejército de Alentejo (Barrionuevo, 1955, II: 97-100).

La estrategia dominante era la guerra de posición en la cual los asedios constituían un rasgo común a lo largo de la guerra de 1640-1668, aunque la mayoría eran de corta duración¹⁶. Los asentamientos no defendidos por complejas y modernas fortificaciones (un sistema de defensa a fondo que consistía en un cerco abaluartado, un foso, camino cubierto y obras exteriores tales como medias lunas o revellines) eran incapaces de resistir más de un par de días en caso de ser sitiadas por un enemigo incluso pobremente equipado de artillería. Los pueblos que habían modificado sus murallas medievales con la adición de baluartes o algún tipo de fortaleza moderna exterior tenían la capacidad de aguantar un poco más (como veremos en breve). Las pocas plazas fuertes convertidas en fortalezas de artillería (*artillery fortresses*) (principalmente Elvas y Olivença en el Alentejo, y Badajoz en Extremadura) forzaron al ejército agresor a utilizar las últimas innovaciones técnicas.

Por otra parte, raras veces los asediadores de la guerra Luso-castellana impusieron asedios largos. Existen varias explicaciones para este hecho: el enorme costo de un asedio largo, donde el factor principal consistía en el derroche de recursos humanos — sólo la mitad, o incluso menos de la mitad del ejército agresor se componía de soldados regulares, el resto consistía en milicias y soldados traídos de otras provincias —, dificultades de abastecimiento y la corta duración de las dos temporadas de campaña. Estos problemas disuadían a las autoridades militares a arriesgar su reputación por miedo al fracaso¹⁷. Esto era evidente al comenzar un asedio bien avanzada la temporada de campaña, pues las desertiones se producían en cuantía y los ejércitos se vieron reducidos a tan pocos soldados que a duras penas podían mantener las líneas de circunvalación, corriendo el riesgo de sufrir una derrota en caso de contrataque por parte de la fortaleza asediada. De todos modos, un asedio podía ser de corta duración debido a que los asediadores confiaban en una conquista rápida y la abandonaban en caso de no conseguirla, o trataban de evitar un encuentro con un ejército de ayuda. Solamente unos pocos llegaron a durar varios meses: el asedio castellano de Olivenza (en Alentejo) duró un mes y medio en 1657; el de Valencia de Alcántara (Extremadura) también alcanzó mes y medio en 1664; el asedio a Monção (en Entre Douro e Minho) por el ejército de Galicia en 1658-1659 fue el más largo con cinco meses de duración. Sin embargo, los asedios largos no resultaron siempre victoriosos: el asedio portugués

16. Aunque sin lugar a dudas, mi archivo sobre asedios está todavía incompleto, los únicos años en los que no he encontrado traza de ellos son 1652 y 1668.

17. Dos comandantes del ejército portugués de Alentejo, el conde de Obidos y Joanne Mendes de Vasconcelos, fueron arrestados al levantar sus respectivos asedios en Badajoz (1642) y (1658), sin someter su decisión a aprobación real.

de Badajoz se levantó a los cuatro meses en 1658, así como el asedio castellano de Escalão (cerca de Castelo Rodrigo) (Serrão, 1980, V: 138).

La falta de un «centro de gravedad» tanto en los territorios castellanos como en los portugueses prácticamente imposibilitaba el alcance de un control territorial importante por parte del enemigo. Este problema se veía agravado por el tamaño reducido de los ejércitos de ambos bandos (ver más adelante) y la carencia de suficientes tropas para sostener y ocupar permanentemente la mayoría de las posiciones o fortificaciones capturadas¹⁸. Como consecuencia, la frontera permanecía relativamente estática, incluso cuando entre los años 1661 y 1665, con la absorción de soldados veteranos extranjeros en los dos ejércitos principales, el conflicto se transformó de una guerra «pequeña» a una «grande». Durante este período, el aumento de tamaño del ejército de Extremadura —que el Consejo de Guerra castellano consideró imprescindible, al afirmar en octubre de 1662 que «para la conquista de Portugal, que es haber un ejercito muy superior al del enemigo» (citado en Valladares, 1998b: 59-60)— tuvo como contrapartida otro aumento en el ejército del bando contrario de Alentejo. Como consecuencia, los castellanos perdieron la oportunidad de alcanzar una clara superioridad militar sobre el terreno (al cual les pertenecía en 1580), y a su vez eliminó la posibilidad de establecer un control firme sobre los territorios conquistados en las ofensivas de 1661-1663. Nos ofrece un buen ejemplo la captura castellana de Évora, siendo ésta la capital de Alentejo y la segunda ciudad más poblada de Portugal, en un asedio de una semana de duración en mayo de 1663. Dicha conquista supuso un gran triunfo para Castilla. Sin embargo, debido al ansia de Don Juan de Austria de coronar su reputación con una espectacular victoria para Castilla y con poca capacidad para adoptar una estrategia de buscar la batalla (*battle-seeking strategy*), le llevó a cometer el serio error de pasar por alto las fortalezas de Elvas y Estremoz —y siendo fortalezas de artillería fueron evitadas a propósito. Como consecuencia, el ejército castellano y sus caminos de abastecimiento quedaron en una situación vulnerable. Con la llegada del verano y la falta de un control firme sobre los territorios recorridos, el grueso del ejército se vio forzado a retirarse de la frontera para ocupar sus guarniciones regulares en Extremadura. Con una retirada seguida de cerca por un ejército portugués de rescate, el 8 de junio de 1663 el ejército castellano se vio forzado a dar batalla cerca de Ameixial. La derrota sufrida por el ejército castellano dejó en Évora una guarnición de 2.500 hombres totalmente aislados en medio de territorio enemigo y sin esperanza de la llegada de un ejército de liberación, lo cual llevó a la capitulación de la ciudad en una semana al contra-asedio portugués. Dos años más tarde en la batalla de Montes Claros de 1665, sin alcanzar aún una superioridad militar y tras haber levantado el ejército de Extremadura un asedio impuesto a Vila Viçosa a causa de la llegada de otro ejército de liberación portugués, los castellanos fueron derrotados de nuevo.

18. Hubo contadas excepciones como la captura y ocupación de Salvatierra (Galicia), Alconchel y Higuera de Vargas (Extremadura) por los portugueses en 1643 —aunque Higuera de Vargas fue abandonado más tarde—, Oliva y Valencia de Alcántara en 1664, y San Lucar de Guadiana en 1666, y la captura y ocupación de Olivença en 1657, y Arronches en 1661 (luego abandonada en 1663) por los castellanos.

Como consecuencia, en casi 28 años de guerra, la frontera no había cambiado apenas, ofreciéndonos otro ejemplo que apoya el punto de vista de David Parrott en el que afirma que la libertad de una autoridad militar a actuar en concordancia con cualquier estrategia global era casi nula (Parrott, 1995: 246). En los asedios, frecuentemente se seleccionaba un objetivo después de un debate seguido por la votación del consejo de guerra del ejército que se celebraba la primera tarde después de que las fuerzas se unieran. Al día siguiente las fuerzas continuaban la marcha hacia su objetivo. Frecuentemente, en los primeros días de la puesta en marcha, se detectaban los primeros errores en la evaluación del objetivo escogido o en los movimientos del ejército enemigo poniendo en peligro la consecución del plan original, provocando un cambio en el mismo. Esto ocurrió, por ejemplo, durante las campañas de Don Juan de Austria de 1661 y 1662 (Ericeira, 1946, III: 399; Mascareñas, 1663). Mientras los ejércitos marchaban con trenes de artillería generalmente importantes, la necesidad de flexibilidad y velocidad en maniobrar, junto con las malas condiciones de los caminos, hacía que fuera estratégicamente imprudente —y dado la insuficiencia crónica de cabalgaduras y carros, fuera generalmente imposible— transportar cañones de batir, ya que incluso el menor, el medio cañón, pesaba 5.600 libras, y requería de 20 caballos para transportarlo (Lynn, 1997: 501). Este error de transportar demasiados cañones al ir de campaña ocurrió en más de una ocasión, por ejemplo en diciembre de 1642, cuando el ejército de Extremadura fue forzado a abandonar parte de su tren de artillería al terminar con el sitio de Elvas (Demerson, 1994: 813). En consecuencia, los blancos escogidos estaban generalmente cerca de la frontera, donde para completar las líneas de circunvalación y asegurar sus cuarteles, le quedaba tiempo al comandante de la fuerza asediadora para requerir cañones pesados adicionales. En la ofensiva de 1662, por ejemplo, Don Juan de Austria marchó con sólo cuatro medios cañones y cuando finalmente decidió en poner sitio a Juromenha, ordenó que se transportaran seis cañones desde Badajoz (Mascareñas, 1663: 20).

Las circunstancias de las pocas batallas de esta guerra —Elvas en 1659 y Montes Claros en 1665— apoyan otro de los argumentos de Parrott en el que afirma que las batallas de la época moderna provenían, la mayoría de las veces, de un intento de levantar un asedio en vez de como consecuencia de una preconcebida «estrategia de exterminación» (Parrott, 1992: 26). A pesar de que Don Juan de Austria había ya capturado Evora, la batalla de Ameixial de 1663 encaja perfectamente en esta categoría ya que al concluir el asedio la retirada del ejército de Extremadura fue bloqueada. Es más que probable que la otra verdadera batalla de la guerra, la batalla de Montijo de 1644 —sea dicho de paso la única batalla llevada a cabo en suelo castellano— también encaje en este modelo. Aunque la campaña portuguesa de primavera de 1644 correspondía más a un *chevauchée* (cabalgada) y no implicaba un asedio importante, el ejército de Extremadura contrató la ofensiva y aunque no tenía intención de un choque frontal, los dos bandos se vieron forzados a entrar en batalla.

Debido a que el asedio suponía un elemento importante en la estrategia tanto de castellanos como de portugueses, es importante determinar si las técnicas modernas de asedio asociadas con la RM se utilizaban en la guerra de 1640-1668. El modelo de asedio clásico, desarrollado en Flandes a finales del siglo xvi por

Mauricio de Nassau, consistía en tres etapas (Duffy, 1979: 93-100; Lenihan, 2001: 165-189). La primera, el sitio, circunvalando la ciudad con una e incluso dos elaboradas líneas de trincheras y fortines, la primera línea para protegerse de un posible ataque de un ejército de liberación enemigo (línea de circunvalación) y la segunda para aislar a los defensores (línea de contravalación). Al comienzo de la segunda etapa, se construían plataformas y comenzaban los disparos desde las dos o tres baterías armadas con cañones pesados. Simultáneamente, los zapadores o soldados sitiadores se construían zapas o aproches en zig-zag utilizados como protección al situarse a distancia de tiro de los defensores instalados en las obras exteriores. A medida que las zapas se construían más cerca de los defensores, las baterías se iban acercando a las murallas, aumentando el deterioro de las mismas y de los baluartes hasta conseguir una o dos brechas de buen tamaño, o para que los asediadores pudieran cavar un socavón e instalar una mina que ocasionara el colapso de la muralla. Si al llegar a este punto, los defensores no habían negociado ya las condiciones para su capitulación, comenzaba la tercera etapa del asedio consistiendo en asalto y toma de la fortaleza por la fuerza.

Podemos afirmar que incluso en la etapa de la «guerra pequeña» (1640-1659), se utilizaron las técnicas y armas más modernas. En los comienzos de la guerra los asediadores demostraron su capacidad de llevar a cabo la segunda etapa mediante la construcción de aproches sistemáticos a las líneas defensivas del enemigo, incluso durante asedios cortos. Sin embargo, no todos los asedios de la guerra de 1640-1668 cumplían estas tres etapas¹⁹, y la guerra de 1640-1668 nos reporta muchos ejemplos de asedios completos o de solamente intentos en los que no se cumplen más de dos etapas del modelo clásico, o incluso a veces solamente el último (el asalto). En 1643, el asedio de Valverde (Extremadura) por el ejército portugués de Alentejo duró solamente tres días, pero cumplió la primera y la segunda etapa (aunque los asediadores cavaron sólo un aproche que alcanzó rápidamente las trincheras enemigas). El asedio no alcanzó la tercera etapa porque los defensores del sitio negociaron la capitulación cuando «la artillería grossa comenzaba a jugar» y la infantería había llegado a las trincheras (Ericeira, 1946, I: 420-421). Si el ejército estaba realizando una cabalgada, evidentemente sólo seleccionaba objetivos poco importantes que pudieran capturarse rápidamente evitando los que necesitaban un asedio a gran escala. En estos casos, se evitaba la escala primera y tomando ventaja de edificios, colinas e incluso olivares circundantes desde donde podían disparar sus cañones, el ejército asediador se posicionaba en la etapa segunda y tercera del asedio, incluso a veces directamente en la etapa final. La ofensiva portuguesa de 1643 y las campañas castellanas de 1661 y 1662 nos ofrecen buenos ejemplos de tales tácticas. De todos modos, aparte de los asedios largos de 1650 como los de Olivença (1657), Badajoz (1658), Elvas (1658-1659), Juromenha (1662) y Evora (1663), no existen más que unos pocos ejemplos de asedios en los principales sucesos de la guerra que incorporen la segunda etapa.

19. Por ejemplo, en Irlanda, el ejército de los Confederados Católicos prescindió de los requisitos relacionados con la ingeniería para completar la etapa dos del asedio clásico en los primeros tres años de guerra (entre 1641 y 1644). Lenihan, 2001: 176.

Cuando el asedio consistía en solamente la tercera etapa, el asalto, se debía generalmente a que la fuerza agresora no estaba compuesta de un ejército completo, sino de un contingente menor que se movilizaba por la noche con la intención de alcanzar su objetivo justo antes del amanecer y tomar por sorpresa tanto a la guarnición como a los civiles. Este fue el caso en diciembre de 1645, por ejemplo, cuando dos tercios de los portugueses de 1.500 soldados de infantería partieron preparados para sitiar, primero Alcántara, luego Valencia de Alcántara (pero se malograron los dos intentos)²⁰. El intento fracasado de capturar Badajoz mediante un asalto realizado por un ejército completo portugués en 1657 (y con escalas demasiado cortas que sólo alcanzaban las dos terceras partes de las murallas de la ciudad), supuso un intento desesperado de distraer al ejército de Extremadura de la puesta de sitio al pueblo portugués de Olivença. Además de que el ejército portugués era demasiado pequeño para llevar a cabo un asedio sistemático (estaba compuesto solamente por 12.200 hombres —casi 8.000 menos que la cantidad mínima considerada por Vauban como fuerza razonable para soportar las líneas de circunvalación) (Lynn, 1995a: 176), carecía de artillería pesada, y aunque llegaron a Badajoz con petardos y tres trabucos (un tipo de morterete)²¹ y un tren de artillería compuesto de 14 piezas, los cañones no eran adecuados para un asedio. Aunque al llegar a Badajoz el comandante del ejército portugués había requerido que les enviaran cañones pesados de Elvas, repentinamente cambió de idea y ordenó un asalto general a la ciudad, el cual resultó un fracaso (Ericeira, 1946, III: 35 y 45-8). Esta decisión súbita por parte del comandante de poner en práctica la tercera etapa, se podría explicar por la falta de tiempo junto con una inspección inapropiada además de la falta de cañones adecuados de asedio.

Mientras que el pasarse por alto la segunda etapa podría deberse a la escasez de ingenieros y militares con los necesarios conocimientos y experiencia para planear y construir aproches sistemáticos a las murallas de las fortificaciones²², existen otras razones con más posibilidades. Las variaciones en la escala y las tácticas del asedio podrían explicarse por el tamaño o importancia del asentamiento y también por la intención de los asediadores (White, de próxima aparición). Como hemos visto, la intención de la autoridad de la fuerza agresora era a menudo incierta, por lo que las tácticas se decidían solamente cuando el ejército había comenzado ya su campaña o había alcanzado su objetivo. Aún así la incertidumbre continuaba y las tácticas se cambiaban frecuentemente de un día para otro.

El equipo de asedio moderno permitía el uso de otras armas especializadas como los llamados «instrumentos de expugnación» o «instrumentos de guerra», los cuales fueron también usados por los asediadores de la guerra de 1640-1668. Entre estos instrumentos existían cantidades considerables de bombas y granadas,

20. A(rquivo) N(acional da) T(orre do) T(ombo), Misc(ellaneos) Mss. livro 845, f. 127, copia transcrita en Arquivo Historico Militar de Lisboa, 1ª divisão, 2ª secção, caixa 1, núm. 29.

21. Una descripción en Alava y Viamont, 1994: 325: «Los trabucos y morteretes son piezas cortas; anchas de boca y con releje en la cámara. Guardan en el grosor la misma razón que los cañones pedreros y también en la correspondencia de pólvora y bala».

22. Tal es el caso citado del ejército de los Confederados Católicos.

junto con unos petardos. Estos eran bombas especiales empleadas para destruir portones²³. En la campaña de Don Juan de Austria de 1662, el tren de artillería incluía ocho petardos (Mascareñas, 1663: 20). En 1647, además de 9.500 balas de calibres diversos para los cañones, una relación de los géneros previstos para el tren de artillería del ejército de Extremadura incluía mil bombas de a 100 libras y dos mil granadas de cinco libras²⁴. En 1662 el tren de artillería de Don Juan de Austria acarreo 600 bombas y hasta 4.000 granadas (Mascareñas, 1663: 20). Las bombas lanzadas por el ejército de Extremadura a Olivença en 1657 eran incluso mayores y «hechas de metal y tuvieron de calibre 130 libras fuera del hinchamiento» (Anónimo, 1973: 189). Las bombas se lanzaban por medio de dos procedimientos. El primero consistía en el mortero, y el segundo en el «trabuco para bombas»²⁵. Las bombas se lanzaban sin parar, generalmente por la noche, probablemente porque los soldados que las lanzaban estaban más protegidos, aunque también porque «[s]on de mucho efecto para inquietar a los enemigos, impedirles el sueño, interrumpirles el orden y hacerles notable daño» (Alava y Viamont, 1994, 325). Además se daba el caso de que las lanzaban sin pausa, como comentaba uno de los defensores portugueses del sitio de Olivença: «trabucó el enemigo de noche y de día y lanzó cantidad grande de bombas» (Anónimo, 1973: 191). Un ejemplo de ello nos ofrece el ejército de Extremadura al lanzar 21 bombas durante el transcurso de una noche de sitio (Anónimo, 1973: 193). Las bombas se lanzaron encima de las murallas del asentamiento enemigo, con la intención de destruir los edificios y matar a sus ocupantes. Aunque no todas ellas alcanzaran el objetivo, un fuego constante podía incurrir en efectos devastadores. En propias palabras de un portugués en defensa del sitio: «bombas nos van arruinando las casas» (Anónimo, 1973: 191). Un oficial de la fortaleza afirmó que donde caían las bombas «hacían un pozo grande porque entraban mucho por la tierra y en tomando fuego hacían una notable ruina, porem mucho mayor cuando daban en alguna casa, porque afora de voarem todo el telhado y sobrados, arruinaban las paredes» (Anónimo, 1973: 189). El propósito perseguido referente a los poblados consistía claramente en asustar a los civiles, ya que el efecto producido de noche debía de ser aterrador.

Las tácticas empleadas por los sitiados de la guerra de 1640-1668 con respecto a la defensa de una fortaleza protegida por fortificaciones modernas en una situación de asedio total, eran similares a las desarrolladas en las tierras asociadas al foco de la RM (Duffy, 1979: 95). A la primera indicación que una fortaleza iba a ser asediada, se intentaba introducir tropas de refuerzo, municiones adicionales y provisiones antes de que llegara el ejército asediador y estableciera los cuarteles y línea de circunvalación. Aunque era importante mantener algunos caballos dentro de la fortaleza para utilizarlos en salidas contra las líneas enemigas y, sobre todo, inte-

23. Una descripción en Duffy, 1979: 111, quien considera que esta arma, de origen francés (tal vez invento de Enrique de Navarra, más tarde Enrique IV de Francia, y utilizada por primera vez en 1580), fue empleada contra puertas, palisadas y murallas finas.

24. AGS GA 1616, «Relación de los generos...», de D. Antonio de Frias, 8-9-1647. Fundadas en Liérganes, se planteaba su envío en barco de San Sebastián a Cádiz.

25. Nombre dado en una lista citada en Cortés Cortés, 1991: 7.

rrumpir el acercamiento de los aproches, la presencia de demasiados caballos era perjudicial debido a la cantidad de alimento que consumían. En 1657 por ejemplo, unos 400 caballos de una guarnición con 4.000 infantes salieron de Olivença dejando solamente 80 caballos dentro de la plaza, mientras que un convoy considerable que acarrea provisiones entraba en la plaza justo antes de la llegada del ejército de Extremadura²⁶. Una vez que comenzaba el asedio, en la primera y segunda etapa, los sitiados intentaban por todos los medios rechazar a los sitiadores atacando con la artillería y realizando salidas con la caballería. A veces combinaban la caballería con la infantería para atacar las líneas enemigas. Mientras que el gobernador de Olivença ordenó en 1657 que se hicieran algunas salidas para disuadir a los sitiadores castellanos, en 1662, el gobernador de la plaza portuguesa de Juromenha no trató de disuadir al enemigo con ellas. El intentar disuadir al enemigo con dichas salidas era, en la opinión del conde da Ericeira (oficial historiador portugués de la guerra), «uno de los mayores errores de los gobernadores de las plazas, ya que, si no saben pleitear las posiciones exteriores, no pueden sustentar los cuerpos internos, por ser mucho más los instrumentos que la industria de los hombres tiene descubierto para la expugnación de la plazas, de los que tiene hallado para su defensa» (Ericeira, 1946, II: 37 y III: 408). Durante el sitio, los mosqueteros y piqueros ocuparon las obras exteriores, guardándolas contra los asaltos y extendiendo la defensa a fondo de la plaza. Al igual que los sitiadores, los sitiados lanzaron granadas, y hasta piedras, desde las trincheras y murallas de la fortaleza. Pero, al igual que los defensores de Juromenha en 1662, si no se esperaba que la plaza fuera socorrida por un ejército de apoyo, era más probable que los defensores de las obras exteriores abandonaran sus posiciones y se retiraran al recinto al quedar claro que la segunda etapa del asedio llegaba casi a su fin (Ericeira, 1946, III: 417). En el uso de su artillería los sitiados utilizaron tácticas modernas y eficaces, sobre todo en los asaltos. A veces se cargaban los cañones con metralla (balas de mosquete, clavos y demás) para causar más bajas al bando enemigo. En 1643, los defensores del castillo de Paios de Galicia dieron un paso más: permitieron acercarse a los 800 atacantes portugueses, y a continuación con el fuego de los mosquetes y la metralla hicieron picadillo al enemigo (MHE, 1861-1864, XVII: 269-70).

Si el asedio constituía la práctica militar más frecuente y comunmente aceptada, el otro extremo de la guerra era la correría o *guerre de course* (Parrot, 2001: 57-58). La caballería destacaba en este tipo de guerra, debido a su velocidad y movilidad. El terreno relativamente abierto que caracterizaban considerables porciones del teatro principal de la guerra de 1640-1668 —Extremadura y la portuguesa Alentejo— favorecían el uso de la caballería. La relativa baja densidad de población y la incidencia en la frontera y alrededor de ella de un número de pequeños asentamientos aislados también favorecían las acciones de caballería. El ganado perteneciente a los habitantes de estos asentamientos o a cargo de los mismos, presentaban un blanco fácil para las compañías de caballos dispersados en guarni-

26. Anónimo, 1973: 187; Ericeira, 1946, III: 32-4. Ericeira afirma que quedaron 100 caballos.

ciones a lo largo de la frontera. Además, la persistente falta de pago a los soldados de los ejércitos regulares aseguraba que el tipo de guerra principal fuera el de incursiones al territorio enemigo en busca de botín, sobre todo de ganado. Este hecho era, por supuesto, una forma de guerra practicada durante mucho tiempo en la región (Powers, 1988), que resistió varias órdenes reales en las décadas de 1640 y 1650, las cuales intentaron prohibir las incursiones fronterizas de caballería (Ericeira, 1946, II: 377 y 438-44; White, 1985: 232 y 298-299). Tal como lo confirman repetidamente documentos contemporáneos, los pequeños asentamientos fronterizos carecían prácticamente de defensa al estar solamente protegidos por pequeñas trincheras, un castillo medieval o quizás por una iglesia fortificada (White, de próxima aparición). No obstante, ocurría a menudo que para organizar eficientemente una incursión a un asentamiento rodeado de trincheras, la caballería tenía que atacar conjuntamente con destacamentos de infantería. Incluso en dichas circunstancias, solamente existía la posibilidad de victoria si se desplazaban por la noche para evitar el ser detectados y atacaban por sorpresa al amanecer.

Mientras que la teoría clásica de la RM mantiene que si las fortalezas están defendidas con baluartes la acción de la caballería deja de ser prominente²⁷, los más recientes estudios sobre el ejército francés así como los principales agresores de la Guerra de los Treinta Años no llegan a la misma conclusión, sino que indican que, a partir del año 1630, tuvo lugar un «cambio estructural» (Parrott, 2001: 60). Documentación sobre la guerra de 1640-1668 sugiere que los dos ejércitos principales realizaron un cambio similar. La larga duración de esta guerra les ofreció tiempo suficiente para sembrar fortificaciones modernas a lo largo de la frontera, principalmente en el escenario principal de la misma. Aunque dicho lugar estaba compuesto por muchos más asentamientos sin baluartes que no con ellos (White, de próxima aparición), es importante mencionar que al tiempo que aumentaban estas construcciones se aumentaban, como consecuencia, los asedios a fortalezas importantes, así como también la proporción de caballería en los ejércitos, particularmente en el de Extremadura (como se ve en el cuadro 1). Esto se debía a que en una guerra de asedios, la caballería jugaba un papel primordial tanto en defensa (como ya hemos visto) como en ataque. En los principales conflictos, incluyendo batallas entre fuerzas de ayuda y ejércitos asediadores, era la caballería —no la infantería— quien jugaba un papel decisivo en los principales frentes de la guerra Luso-castellana, al igual que ocurría en otros puntos de la Europa de esa época²⁸. La caballería suponía, de hecho, el brazo derecho de la batalla (Parrott, 2001: 60), como probaron los portugueses en 1663 en Ameixial y en 1665 en Montes Claros después de que la caballería castellana había roto la primera línea de los portugueses en su segunda acometida²⁹. Desde su posición tradicional en los cuernos

27. Parker, 1995a: 43 (por deducción: «cuando se carecían de baluartes y las batallas eran más frecuentes, la caballería era más prominente») y 44.

28. Observación realizada también por Parker, 1995a: 39. Sobre la táctica holandesa, véase Puype, 1997.

29. Selvagem, 1994: 450. La versión inglesa de la batalla de Ameixial en 1663 sugiere que las acometidas de la caballería portuguesa e inglesa no consiguieron abrir las líneas castellanas, y que solamente debido a la ayuda de la infantería en conjunción con la caballería portuguesa consi-

del ejército, con su habilidad de posicionarse mediante asaltos rápidos tanto en los flancos como en la retaguardia enemiga, podían desestabilizar y desorientar el núcleo central de la infantería enemiga haciendo que los soldados rompieran filas y desaparecieran (Parrott, 2001: 60). Incluso en 1644 en Montijo, donde la caballería castellana supuestamente había ganado la batalla después de dispersar al ejército portugués, la indisciplina de los soldados castellanos que abandonaron sus formaciones por la prisa de comenzar el pillaje, permitió que se reagruparan cierto número de portugueses en tercios y 40 de caballería, recuperar su abandonado tren de artillería y forzar a los castellanos a retirarse del campo de batalla (Ericeira, 1946, II: 64-67).

Además de las funciones vitales que realizaban en reconocimiento del terreno, la realización de ataques sorpresa por un ejército de ayuda y el acompañamiento a convoys de ataque³⁰, la caballería jugaba un papel táctico importante en actividades que no se ajustaban bien a una infantería más lenta (MHE, 1861-1864, XVII: 269-270). La caballería podía también acosar al enemigo en sus propios cuarteles cuando estaban acampados provisionalmente fuera de sus fortalezas, como ocurrió a finales de septiembre de 1643 cuando se enviaron a la medianoche no más de 20 caballos desde Monterrey (Galicia) para atacar las posiciones de un ejército portugués de 3.000 hombres. La misión de la caballería consistía en «tenerlos inquietos si estaban allí», o certificarle al general si se habían retirado³¹. Aunque parte de las acciones de la infantería incluían también las emboscadas a los convoys enemigos o tropas de caballería enemiga —una de las actividades más corrientes en la guerra luso-castellana— en el caso de encontrarse en territorio hostil y en una situación de peligro, la caballería podía retirarse con mucha más rapidez que la infantería. La infantería generalmente sufría más bajas en dichos encuentros precisamente porque no podía eludir la caballería enemiga. En 1642 por ejemplo, una tropa portuguesa que se retiró por Valverde (Extremadura) de una empresa mal lograda se encontró una compañía de infantería de valones, que degolló, mientras que 100 caballos de Valencia de Alcántara degollaron a dos compañías de infantería portuguesa de Castelo de Vide (Ericeira, 1946, I: 364 y 369).

Con respecto a la adopción y uso de armas pequeñas, en la Europa del siglo XV los españoles iban en cabeza en el empleo de la espingarda, su propia versión del arcabuz³². Entre las guerras de Granada (1482-1492) y la de 1640-1668, la táctica utilizada de asedio no había cambiado apenas. En los asedios realizados en la conquista de Granada dichas armas de fuego, proveían de ayuda eficaz al eliminar los defensores de las paredes, mientras que en una situación de defensa se diri-

guieron retirar a los castellanos del campo de batalla. El recuento de la batalla de Montes Claros nos revela que la caballería castellana salió victoriosa al romper la primera y segunda línea del flanco izquierdo portugués, pero no pudieron atravesar la tercera línea de la infantería inglesa. Childs, 1975: 142-143.

30. Estas funciones están también identificadas por Parrott, 2001: 59.

31. (Memorial Histórico Español, 1861-1864, XVII: 269-70).

32. McJOYNT y PRESCOTT, (1995): 36. En la pág. 85, nota 80, McJoynt nos recuerda la sorpresa de OMAN, (1987), y TAYLOR, (1921): 42, a la respuesta positiva del ejército español a las armas de fuego.

gían contra los agresores (McJoynt y Prescott, 1995: 37). Lo que definitivamente había cambiado era el tipo de arma de mano utilizada en asedios, ya que en 1640 el arma preferida por los defensores cuyo propósito era disparar desde posiciones fortificadas era el mosquete. Debido a su mayor potencia y mayor alcance, el mosquete era preferible al arcabuz (el cual con un peso de 11-12 libras era de un cuarto a tres cuartos de peso más ligero)³³. Las armas ligeras de mano tenían más usos en el combate, particularmente en emboscadas contra la caballería, donde los mosquetes seguían siendo las armas preferidas (por ej. MHE, 1861-64, XVII: 338), aunque tenían que ser disparadas desde un forcado. Mientras que el arcabuz (por lo menos en nombre) parece que desapareció en los ejércitos franceses desde 1620, el uso tanto del arcabuz como del mosquete, claramente identificados por su diferente alcance, fue evidente en la guerra de 1640-68³⁴.

Los soldados de caballería de ambos bandos —en su mayor parte corazas (port.: *corças*)— iban armados con armas de fuego. Cada soldado disponía de una carabina y dos pistolas, y la historia oficial de la guerra de Portugal hace notar que recibían instrucción para su uso (Ericeira, 1946, I: 287). Para aumentar la eficacia del uso de armas pequeñas así como la facilidad de maniobra de los arcabuceros en campañas de guerra, comenzaron a aparecer en el oeste de Europa nuevas unidades de arcabuceros montados, llamados los dragones. Este mismo sistema se utilizaba en los ejércitos ingleses del siglo XIV para dar rapidez a los arqueros. Mientras que los ejércitos castellanos operaban ya con arcabuceros montados y Alba formaba una compañía separada para la invasión de Portugal de 1580, los franceses no añadieron dragones a sus ejércitos hasta 1635 (Lynn, 1997: 491). En la guerra de 1640-1668, existían relativamente pocas compañías de dragones. Este hecho no se debía a la falta de adopción de tácticas modernas ya que se hicieron esfuerzos por movilizar seis compañías de dragones (un total de 480 hombres, 80 por compañía) al formarse el ejército de Extremadura en 1641. El plan falló debido a la oposición local, porque los habitantes locales —la principal fuente de reclutamiento para el ejército— simplemente se negaban a servir en las compañías de dragones, mientras que «los capitanes se despreciaban de serlo»³⁵. Este hecho se convirtió en una cuestión de estatus, en la que se daba preferencia a servir de coraceros (eso es, en las compañías de corazas), e incluso los *arcabuceros de a caballo* eran considerados superiores³⁶. En 1644 surgieron dudas sobre la posibilidad de añadir 500 dragones a la caballería del ejército de Extremadura, y para 1646 sólo quedaban

33. Debían de pesar de 15 a 20 libras (6,75 a 9 kilos), y un alcance mortal de 100-120 metros, posiblemente incluso 180 metros o más. Para detalles y comparaciones entre mosquetes y arcabuces, véase WHITE, (1998): 156-157, y WHITE, (2002): 14-16.

34. LYNN, (1997): 458-459, nos hace notar la reducción del peso del mosquete desde mediados del siglo XVII, así como debido a la diversidad de calibres, problemas de suministrar a los soldados con el calibre correcto. Encuéntrase indicaciones tales como «a menos de un tiro de mosquete» y «a más de un tiro de arcabuz», en la «Relación de la vittoria que tubieron las armas de su Magestad», citado en Cortés Cortés, 1982: 90-1.

35. AGS GA 1523, «En carta de 14 del corriente [de febrero de 1644]...».

36. *Ibid.* Los dragones recibían pagas más bajas que las *corazas*, y al igual que los arcabuceros, desmontaban para luchar, aunque generalmente montaban mulas, ponys o caballos de baja calidad.

tres compañías de bajo rendimiento. En 1647, el veedor general y contador del ejército propuso desmantelar los dragones debido al «poco fruto» que otorgaban, mientras que el comandante del ejército se quejó diciendo que «no son de ningún servicio por estar de mala calidad y de corto número»³⁷.

Otro elemento clave de la teoría de la RM era la creación de ejércitos permanentes. En vísperas de la guerra, Portugal carecía de un ejército permanente. Las posesiones portuguesas en el norte de África y Asia se defendían por medio de una cadena de fuertes donde la organización militar tenía un carácter fundamentalmente feudal (Rodrigues, 1998: 50-92). El territorio metropolitano disponía de una única fuerza militar que consistía en un tercio naval en mal estado (*terço da armada*) que en su mejor momento alcanzó los 1.000 hombres, junto con los despojos de una milicia a nivel nacional revivida de vez en cuando desde 1625³⁸. En los tres meses siguientes al golpe de Estado del 1 de diciembre de 1640, la primera junta de las Cortes acordó la provisión de fondos para mantener un ejército permanente de 24.000 soldados. Este subsidio era temporal al estar condicionado a un límite de tres años (siendo necesaria su renovación cada tres años), así como a su término en caso de finalizar la guerra. En las Cortes de 1646, dicho ejército permanente se redujo a 20.000 soldados³⁹. En cuanto a Castilla, mientras que las tropas en los presidios costeros de Iberia (incluyendo los de Portugal durante su anexión) se podían considerar realmente permanentes, el papel de esta fuerza consistía en guarnecer plazas fuertes y proveer de sustitutos para los ejércitos extranjeros, en vez de constituir una fuerza armada particular. Aún en el siglo XVII, excluyendo las 25 compañías de las Guardias de Castilla⁴⁰, no se formó un verdadero ejército permanente hasta comienzos de 1630, cuando se levantaron los ejércitos de Navarra y de la frontera catalano-francesa en anticipación a una guerra con Francia⁴¹. A diferencia de Portugal, como se comprueba en la guerra de 1640-1668, las Cortes castellanas no ejercían un control efectivo sobre el tamaño de los ejércitos, aunque la Comisión de Millones tenía cierta participación en su financiación.

Al igual que en otros ejércitos, el número de hombres en servicio fluctuaba considerablemente, incluso en un solo mes, pero la información disponible a partir de los documentos de aquella época no es detallada, e impide comparaciones precisas⁴². En 1642 las tropas permanentes castellanas de la frontera con Portugal

37. AGS GA 1712, relación de 24-7-1646, Badajoz; *ibid.*, 1616, consulta de la Junta de Guerra de España, 4-5-1647. Las tres compañías contaron con sólo 78 soldados montados.

38. En 1620 el *terço da armada* contó con 1.082 hombres. Harvard Library, Ms Portugal 4794F, f. 249-50v, sin fecha. Sobre el reestablecimiento de las milicias, G. Severim de Faria, «Relação do que succedeo em Portugal...», Biblioteca Nacional de Lisboa, Códice 241, f. 206-v; e información sobre los restos en 1639, véase HESPAÑA, 1986, I: 263-65.

39. SERRÃO, (1980), V: 25 y 31; HESPAÑA, (1992): 128. El acuerdo de aumentar los fondos monetarios consistía en cortarlos en caso de que la guerra finalizara en menos de tres años, y se requería un acuerdo de renovación por las Cortes cada tres años. En 1642 se aumentó el subsidio anual para mantener al ejército de 1,8 a 2 millones de cruzados y aumentó a 2,15 millones en 1646.

40. Véase MARTÍNEZ RUIZ, (2001): 8. En el s. XVI hubo 24 compañías y 26 en 1660. Valladares, 1998b, 57.

41. STRADLING, (1994): 114. En 1635 se calculó el pie del ejército de Navarra en unos 15.000 hombres.

42. Sobre los problemas de reunir y comparar el número de soldados de los ejércitos, véase LYNN, (1995b): 119-20.

ascendían a casi 28.000 soldados —sobrepasando en más de un 15 por ciento a las de los ejércitos permanentes portugueses de aquel tiempo (White, 1985: 494). Pero en ningún momento, las fuerzas de los distintos bandos se unieron en un ejército único, puesto que debido a razones estratégicas estaban divididas en varios ejércitos a lo largo de la frontera. Cabe puntualizar que estos ejércitos solamente se juntaban en un ejército combinado en contadas ocasiones a lo largo del año. Por razones tanto logísticas como estratégicas, los ejércitos individuales solamente se juntaban componiendo un ejército único cuando sus jefes militares movilizaban sus tropas durante el periodo de tiempo de una acción ofensiva o defensiva, en una sesión de campaña. Este es un rasgo común en los principales escenarios de guerra del oeste europeo. La tendencia a unirse por parte de los ejércitos de menor tamaño en los frentes secundarios del norte, tanto portugueses como castellanos, era reducida al enviarse casi anualmente varios de sus componentes a reforzar los ejércitos principales de las regiones de Alentejo y Extremadura. Otra razón a la casi ausencia de oportunidad de unión para luchar como ejércitos completos se debe a las distancias que separaban a las distintas unidades. Dichas distancias eran demasiado grandes con un terreno inapropiado para facilitar el desplazamiento como fuerza única. Esto ocurría con frecuencia en los ejércitos del norte o nordeste de Portugal —Beira, Castilla la Vieja, Entre Douro e Minho y Galicia—, donde se les combinaba y dividía periódicamente en fuerzas separadas con mandos separados.

Al término de la paz entre Francia y España, en la década de 1660 los ejércitos de ambos bandos, particularmente los de los dos ejércitos principales, aumentaron de tamaño, ello a pesar de que la entrada de extranjeros o las transferencias de tropas veteranas castellanas de otros frentes de guerra era bastante modesta. El contingente de soldados provenientes de Francia y comandados por el conde Federico de Schomberg a Portugal a últimos de 1660 estaba compuesto solamente por 600 hombres (Prestage, 1925: 76). El primer contingente de soldados ingleses, el cual ascendía a 2.500, no llegó a Portugal hasta mediados de 1662, y pasaron dos años hasta la llegada del siguiente contingente compuesto por 1.700 hombres⁴³. De todos modos, debido a las bajas y desertiones los números bajaban rápidamente: en ocho meses el primer contingente inglés redujo su número en un 34% a sólo 1.650 hombres (Childs, 1975: 137). En 1664, la proporción de tropas extranjeras en el principal ejército de Portugal suponía solamente un 20%⁴⁴. Desde 1661 habían sido trasladadas tropas veteranas de Flandes, Italia, territorios alemanes y Cataluña al frente de Extremadura. A finales de 1661, Don Juan de Austria sitió victoriosamente Arroches con un ejército compuesto por cuatro tercios de españoles, uno de napolitanos, otro de lombardos y un regimiento de alemanes (Mascareñas, 1663: 6). El ejército castellano que capturó Evora en 1663 se componía de soldados veteranos españoles, italianos y alemanes,

43. Childs, 1975: 136 y 138. Se observa cierta discrepancia entre el número de hombres que llegó en 1662. Serrão, 1980, V: 52, da un total de 2.700, mientras que Prestage, 1925: 81 (siguiendo Ericeira, 1946, IV: 15), proporciona una cifra de 4.000, pero parece que las cifras de Childs son las más fidedignas.

44. Había 3.800 extranjeros de un total de 18.300 (27,5 por ciento de la infantería y 9 por ciento de la caballería).

e incluso un tercio de tropas francesas, mientras que en 1665, el poderoso ejército de Extremadura, compuesto por 15.000 soldados, estaba integrado por un gran contingente de tropas veteranas alemanas, suizas, irlandesas e italianas⁴⁵.

A pesar de ello, debido a las limitaciones derivadas de problemas de movilización de recursos, el tamaño de los ejércitos principales de ambos bandos en la fase «grande» de la guerra de 1640-1668 se limitó considerablemente⁴⁶. Extremadura y el Alentejo, además de sufrir problemas de escasez de hombres y recursos financieros, se veían afectados por el clima, un sistema de comunicación pobre y la relativa baja densidad de población. Estos hechos limitaron los períodos de campaña y las posibilidades de la provincia para guarnecer y alimentar durante el año a las tropas —la caballería en particular— cercanas a la frontera. Cuando la campaña finalizaba, la infantería de ambos lados se dispersaba volviendo a sus guarniciones de los asentamientos y castillos de las provincias enfrentadas. En caso de que las tropas provinieran de regiones vecinas, volvían a casa. Para sobrevivir, la caballería se veía forzada a retirarse al interior de las respectivas provincias durante períodos largos de tiempo —por lo menos durante unos ocho meses, de acuerdo con el gobernador del ejército de Extremadura en 1645⁴⁷—. En 1646 el Consejo de Guerra castellano propuso enviar un determinado número de caballería del ejército de Castilla la Vieja ubicado en Ciudad Rodrigo al interior de la Meseta, a los partidos de Salamanca, Béjar, Ávila y Tierra de Campos, desde el final del otoño y hasta el inicio de la primavera (Valladares, 1998b: 38-9).

Las tablas 1 y 2 muestran el tamaño del ejército principal de cada bando. Es importante observar que dichos ejércitos eran ejércitos formados de camino para la campaña y no consistían en la dotación de tropas regulares correspondiente a cada ejército. La dotación del ejército de Alentejo comenzó solamente con 6.000 soldados en los primeros años de la guerra y, con la escalada de ésta, alcanzó los 8.500 en 1661⁴⁸. En 1644, con una dotación de 7.800 hombres, el ejército de Extremadura sobrepasaba en un 30% al ejército contrario, mientras que una muestra de 1647 nos revela que el número real de soldados sirviendo en el ejército alcanzaba casi los 6.300⁴⁹. En 1644 la proporción de la caballería en el ejército de Extremadura alcanzaba un 23% (1.800 de un total de 7.800); en el ejército de Alentejo en 1642, suponía solamente un 17% (1.000 de un total de 6.000), aunque ascendió a un 29% (2.500 de un total de 8.500) en 1661⁵⁰. Aunque el tamaño de los dos ejércitos prin-

45. R(eal) A(cademia de) H(istoria), S(alazar) y C(astro), K-12, f. 206-224, «Resumen de las operaciones de la campaña contra Portugal de este año de 1663...»; Boxer, 1976: 661.

46. Con respecto a limitaciones similares en el tamaño de ejércitos particulares en otras áreas de la Europa moderna, véase Adams, 1995.

47. Como indicara el superintendente de la justicia militar del ejército de Extremadura en 1646: «de quinientos y cinquenta pueblos que tiene esta provy^a solos 80 o 90 dellos por ser los que menos pobres acavados estan y mas adentro del pais son las que ordin^amente se escojen para estos alojamientos...». AGS GA 1712, carta de 7-7-1646; *ibid.*, consulta de la Junta de Guerra de España, 12-11-1645.

48. B(iblioteca de) A(juda, Lisboa) 51-V-79, f. 166v-167v.

49. AGS GA 1517, «Relación de lo probeydo para Badajoz...»; *ibid.*, 1616, consulta de la Junta de Guerra, 4-5-1647.

50. AGS GA 1517, «Relación de lo probeydo para Badajoz...»; LARANJO COELHO, (1940), II: 186, ERICEIRA, (1946), I: 271-273 y II: 233-234; BA 51-V-79, f. 166v-167v.

Tabla 1. Ejército de Extremadura.

Fecha	Total del ejército	Infantería	Caballería	% de caballería
4-10-1642	9.392	7.409	1.983	21
16-2-1643	9.682	7.772	1.910	20
26-5-1644	9.100	7.000	2.100	23
7-12-1644	14.600	12.000	2.600	18
10-1645	15.000	12.000	3.000	20
24-9-1646	8.940	6.344	2.596	29
26-4-1657	17.230	13.079	4.151	24
10-9-1658	16.500	12.000	4.500	27
14-1-1659	17.500	14.000	3.500	20
1661	15.000	10.000	5.000	33
?-5-1662	14.000	9.000	5.000	36
30-4-1663	22.504	15.316	7.188	32
17-6-1665	22.663	15.000	7.663	34
11-9-1667	21.000	16.000	5.000	24

Fuentes: D'Ablancourt, 1701; Ericeira, 1946; White, 1985; Cesar, 1935: 3.

Tabla 2. Ejército de Alentejo.

Fecha	Total del ejército	Infantería	Caballería	% de caballería
4-10-1642	9.392	7.409	1.983	21
8?-1641	3.400	3.000	400	12
6-9-1643	14.000	12.000	2.000	14
5-1644	7.000	6.000	1.000	14
8-1645	6.700	5.500	1.200	18
15-9-1646	8.800	7.200	1.600	18
1648-9	6.600	5.000	1.600	24
2-2-1652	9.387	7.000	2.387	25
21-10-1657	12.000	10.000	2.000	20
12-6-1658	17.000	14.000	3.000	18
14-1-1659	9.500	7.000	2.500	26
10-1661	13.500	10.000	3.500	26
6-1662	16.000	12.000	4.000	25
4-6-1664	28.000	22.000	6.000	21
28-5-1665	9.500	7.000	2.500	26

Fuentes: Ericeira, 1946; Andrade e Silva, 1855-56, vol. 1648-1656: 96-7; Barrionuevo, 1968-1969, II: 106; Childs, 1985: 143.

cipales aumentó en la sesión de campaña a una cifra entre 15.000 y 28.000, este hecho se consiguió mediante la movilización de sus respectivas milicias y la incorporación temporal de tercios de ejércitos vecinos y regiones del interior. Si lo comparamos a los ejércitos franceses de 1635-1659 que se componían de una media de 17.000 hombres (un gran descenso si lo comparamos con la media de 26.000 en el siglo xvi) (Lynn, 1995a: 177), el ejército de Extremadura contaba con un tamaño similar. El ejército portugués de Alentejo, por otra parte, era considerablemente menor que el ejército contrario castellano, y no se aproximó a la media francesa hasta las campañas más importantes acaecidas a finales de la década de los 50 y 60 del mismo siglo.

Aparte de las diferencias en el tamaño de los dos ejércitos opuestos, las tablas 1 y 2 nos muestran también la notable disparidad entre ellos en cuanto al peso de la caballería. Hasta la escalada de la guerra en la década de 1660, el porcentaje de caballería en el ejército de Extremadura variaba (aparte del 18 por ciento de diciembre de 1644) entre un 20 y un 29 por ciento. El porcentaje de caballería en el ejército de Alentejo no alcanzó estos niveles hasta finales de la década de 1640, y no pudo competir con el aumento del ejército de Extremadura, que alcanzó un tercio del total después de la escalada de la década de 1660. El alto coste de mantenimiento de la caballería (pagos a los soldados y comida para los caballos) así como la terrible escasez de caballos, restringían el tamaño de las fuerzas de caballería en los ejércitos de ambos bandos⁵¹. Los comandantes militares, especialmente los portugueses, presentaron repetidas peticiones para la obtención de más caballos así como para un incremento del tamaño de la caballería (por ej., Laranjo Coelho, 1940, II: 175-6).

En referencia al tamaño de las unidades, se puede discutir la semejanza de los ejércitos regulares castellanos y portugueses de 1640-1668 con los localizados en las tierras del centro de la RM, donde las compañías de infantería no exceden los 100 hombres, mientras que los tercios (port.: *terços*) se componían de unos 1.000 hombres. Refiriéndonos también a las tierras donde operaba la RM, cuando los tercios de infantería entraban en acción se dividían en unidades menores llamadas batallones (*batalhões*) o escuadrones (*esquadrões*) de 500 a 600 hombres (Parker, 1995: 39). El ejército castellano que luchó en la batalla de Montijo en 1644 estaba compuesto de escuadrones de una media de 570 hombres. Asimismo, un informe de la campaña de 1663 nos indica que los tercios del ejército de Extremadura estaban divididos en escuadrones de una media de 760 hombres provenientes de tropas españolas, 400 de infantería italiana y 350 de alemanes⁵². Además, a finales de 1650 la infantería se formaba esporádicamente en unidades incluso menores. Cuando el ejército portugués levantó el sitio de Elvas al comienzo del año 1659, estaba compuesto por una vanguardia de 3.000 soldados de infantería divididos en cinco batallones de 600 hombres; un cuerpo de batalla de 2.000 soldados formado por seis batallones (cada uno compuesto por unidades de 330 hombres de media), y una

51. Véase STRADLING (1994). Sobre la escasez de caballos en los ejércitos españoles.

52. RAH, SyC, K-12, f. 206-224, «Resumen de las operaciones de la campaña contra Portugal de este año de 1663...».

extrema vanguardia compuesta por 1.000 hombres formada por cinco columnas de asalto de 200 soldados de infantería cada una (Cesar, 1935: 11). En el caso de Castilla, la división de las unidades de infantería en batallones menores, «batallas», compuestos a su vez por diez cuadrillas de cincuenta soldados, marcó el retorno a prácticas anteriores utilizadas durante la guerra de Granada en 1480⁵³.

De todos modos, el tamaño de las unidades formadas para la batalla era claramente flexible y probablemente refleja los variados problemas a los que se enfrentaban los estados al reclutar y movilizar soldados. Para mediados del siglo XVII era prácticamente imposible en Iberia (así como en Francia) aumentar y mantener compañías de más de 100 hombres, y frecuentemente incluso alcanzar ese objetivo era imposible⁵⁴. Los problemas de salud y sobre todo las deserciones reducían drásticamente el tamaño de las unidades. Los 7.200 soldados de infantería del ejército de Alentejo que cruzaron la frontera de Extremadura estaba formado por 10 *terços*, resultando un promedio de 720 hombres por *terço* (Ericeira, 1946, II: 174). Para el año 1661, la media había caído aún más. Según propias palabras del gobernador del ejército de Alentejo: «[o]rdinariamente cuando los *terços* están reputados llenos habrá 6.000 infantes», y el ejército normalmente se componía de diez *terços*, con un promedio de 600 hombres en cada uno⁵⁵. El descenso de número comenzó en las compañías. En mayo de 1659 dos compañías de infantería que partieron de Lisboa hacia Elvas con 200 hombres contaban con bajas de 65 hombres al llegar a su destino, teniendo como resultado una media de 68 hombres por compañía⁵⁶. A diferencia de Iberia y Francia, el ejército imperial contaba con una fuerza media de 200 hombres por compañía (Parrott, 2001: 49). En el caso de compañías de tropas extranjeras, por razones puramente económicas y para minimizar el pago a oficiales, era deseable que alcanzaran en teoría su fuerza máxima, pero en la práctica el número de bajas reducía considerablemente su número y presionaba a tomar acción para disolverlas y repartir sus soldados entre otras compañías —eso es, sujetarlas a la impopular «reformación». Aún así, la supervivencia de los tercios con una fuerza nominal de 1.000 soldados de infantería se puede atribuir a la resistencia de los monarcas tanto castellanos como portugueses—, conscientes de las quejas realizadas por el brazo popular en sus respectivas Cortes a la proliferación de posiciones de mando superiores —que consumían una gran parte de la paga militar—. Las tropas en movimiento, particularmente las de milicia, parecen haber permanecido en esta estructura administrativa tradicional. Por ejemplo, el ejército portugués de Tras-os-Montes que se adentró en Galicia en septiembre de 1643, se componía de tres «batallones» de 1.000 soldados de infantería cada uno⁵⁷.

53. McJOYNT (1995), 55, afirma que las «batallas» a veces alcanzaban la cifra de 1.000 hombres.

54. Para Francia, Parrott, 2001: 49-50.

55. BA 51-V-79, f. 166v-167v, memoria del conde de Atouguia de 19-1-1661.

56. BA 51-V-79, f. 7-v, carta de 7-V-1659. Las compañías se formaron en Madeira.

57. Véase, por ejemplo, las formaciones de batalla del ejército de Galicia en acción en Entre Douro e Minho en 1643. Los 2.000 soldados de milicia se dividían en sólo dos batallones. El ejército de Tras-os-Montes se había preparado para la batalla el día anterior. Jesuit Letters, XVII, 269-270.

En lo que se refiere a la caballería, la unidad básica en relación a objetivos administrativos era también la compañía. Mientras que en 1632 Felipe IV redujo el tamaño de las compañías de caballería de Flandes a sesenta hombres, en Iberia las compañías se redujeron al mismo número sólo en 1649 (Clonard, 1853, IV: 461 y 464). En Portugal la dotación de las compañías de caballería de Portugal se mantenía en cien hombres. Como consecuencia del repetido problema de dificultades en el reclutamiento y sobre todo de la escasez de caballos apropiados (Stradling, 1994), el tamaño nominal de las compañías de caballería no guardaba relación con el número real de su dotación. En Portugal, las normativas del recientemente formado *Conselho de Guerra* sostenían la «antigua» práctica de crear compañías formadas por cien hombres, pero durante una inspección realizada para «reformar» la caballería del ejército de Alentejo en 1642, los mandos activos en campaña presionaron por tener un máximo de sesenta hombres, permitiendo a sus oficiales organizarlos mejor. Por la misma razón, se afirma que «com este fundamento lo usan así en toda Europa», añadiendo que «el castellano se acostumbra también por que sus tropas no pasan de cincuenta». Como era típico en João IV, su decisión en cuanto al cumplimiento de las recomendaciones del *Conselho* consistió en bordear el problema ordenando simplemente que la caballería se dividiera en el mismo número de compañías como de capitanes disponibles. Este hecho fijó el número de cada compañía en setenta y siete hombres⁵⁸. En la práctica, sin embargo, la caballería portuguesa, al igual que sus oponentes, operaba en unidades de cincuenta hombres de media. Los 1.600 hombres que componían la caballería del ejército de Alentejo de 1649 se dividía en 32 tropas, con un promedio de cincuenta hombres cada una (Laranjo Coelho, 1940, II: 186). Para el año 1661 la media de las cincuenta y cinco compañías del ejército principal había disminuido ligeramente a 45,⁵⁹

Sin embargo, en combate, la caballería portuguesa y castellana operaron en unidades mayores como ocurrió simultáneamente en otros ejércitos del oeste europeo. Mientras que en Francia desde 1638 las compañías de caballería se formaron en regimientos (Parrott, 2001: 49), a partir de 1633 en Flandes cierto número de compañías de la caballería española se dividió en trozos (bajo el mando de los más capaces y expertos capitanes). Hasta 1649 no estuvieron formalmente organizados en tercios, los cuales combinaban corazas y arcabuceros. Una reforma posterior de 1659 reemplazó los tercios por trozos de doce compañías, con cincuenta hombres cada uno⁶⁰, lo que aumentó el tamaño de la unidad de 360 a 600. Al comienzo de la guerra de 1640-1668 la caballería castellana y portuguesa se organizaba todavía en compañías. No obstante, el descenso del tamaño de las compañías debido a las dificultades de reclutamiento de cuarenta y cinco a cincuenta

58. Como justificación, aquellos en el frente señalaban que algunas fuerzas fronterizas contaban con menos de 100 soldados de caballería, lo que significaba dividirlos y dejar un grupo sin oficiales. ANTT Conselho de Guerra, consultas, maço 2, no. 154, consulta of 4-7-1642. Había unos 1.000 soldados de caballería y 13 capitanes al mando.

59. BA 51-V-79, f. 166v-7v, memoria del conde de Atouguia de 19-1-1661.

60. Clonard, 1853, IV: 462-3. Según las cifras dadas, cada compañía contaba con ochenta y ocho soldados.

hombres jugó un papel primordial en la introducción de cambios en la unidad de caballería. En combate, la caballería portuguesa y castellana comenzó prontamente a operar en unidades mayores —en batallones (portugués: *batallões*). En teoría los batallones constaban de 80 a 100 hombres cada uno⁶¹. Los batallones de caballería no se formaban por la adición de unidades básicas de compañías ya existentes, sino de una forma improvisada para realizar un proyecto particular. En un encuentro en la frontera de Alentejo a principios de noviembre de 1653, por ejemplo, los portugueses formaron doce batallones de 950 caballos —con una media de setenta y nueve cada uno—. Seis de estos doce batallones se posicionaron en la vanguardia y seis en la retaguardia, con mosqueteros en dos compañías en ambos lados. Al mismo tiempo, un contingente de 1.300 soldados de la caballería castellana a la espera de los portugueses se formaron en quince batallones (de una media de ochenta y siete hombres cada uno), y al igual que los portugueses, se formaron con una vanguardia y retaguardia flanqueada por ambos lados con dos batallones separados y divididos (Jesús, 1942, II: 17). En 1659, en la batalla de las Líneas de Elvas, los 1.200 soldados de la vanguardia de la caballería portuguesa se formaron en dieciséis batallones (con una media de setenta y cinco cada uno), mientras que en la segunda línea, la «batalla», 900 caballos se dividían en dieciseis batallones (una media de cincuenta y seis cada uno) (Ericseira, 1946, III: 213-214). En la organización de la caballería portuguesa del principal frente de guerra se realizó un cambio importante como consecuencia de la llegada de Francia a finales de 1660 del conde de Schomberg, veterano de la Guerra de los Treinta Años así como de la guerra de Cataluña, y al poco tiempo se formó uno nuevo mediante la incorporación de cinco compañías, dos de ellas catalanas (D'Ablancourt, 1701: 187). El objetivo de la reorganización de la caballería en regimientos se dirigía principalmente a la reducción de costos administrativos, así como a solucionar la falta de cohesión en la campaña (Livermore, 1947: 304).

En relación al desarrollo de disciplina y orden en los ejércitos de 1640-1668, elementos clave de la teoría de Roberts, la falta de entrenamiento e instrucción suponía un gran problema para la infantería de ambos bandos. Esto es lo que cabía esperar en vista de la constante oposición entre la población sobre el establecimiento de compañías de milicianos en ambos países, Castilla y Portugal, durante el siglo XVI y principios del XVII. Así como la falta de disposición para servir en el ejército o milicias aumentó durante la guerra de 1640-1668, la instrucción era imposible y los soldados se adiestraban en el mismo campo de batalla. En un hecho asombroso ocurrido en medio del transcurso de la batalla de Montes Claros en 1665, el conde de Schomberg instruyó a los picadores de las tres primeras filas de la línea primera de la infantería portuguesa del flanco derecho del ejército cómo debían posicionar sus picas apoyándolas en los pies, para recibir una acometida de la caballería (D'Ablancourt, 1701: 243). Sin embargo, con tiempo incluso los menos voluntariosos reclutas se podían convertir en buenos soldados. Como un extranjero observaba, «aunque todos estos soldados de infantería no salen en campaña que por la fuerza, luchan perfectamente bien», y añadió que «con tiempo tiran

61. Definición del *Diccionario de Autoridades*, 1990.

de estas milicias buenos sargentos, alferoces, ayudantes (*majors*) y ayudantes mayores (*aide-majors*)» (D' Ablancourt, 1701: 30).

La existencia de un conflicto básico entre los ideales de los objetivos militares y las limitaciones económicas afectaba al desarrollo de la disciplina y el orden: mientras que una unidad de tamaño reducido mejoraba la disciplina y entrenamiento, en el siglo xvi el gobierno central y la hacienda real presionaban constantemente para mantener un tamaño óptimo en la compañía de infantería de 300 hombres y en los tercios de 1.000 hombres o incluso 3.000, con el objetivo de ahorrar costes en salarios de la primera plana del ejército⁶². De forma similar, existía un profundo conflicto entre el rey en su intento de controlar costes y las aspiraciones de los consejeros de guerra de obtener más poderes de patrocinio en la propuesta de individuos a cargos de la primera plana. Irónicamente, mientras el objetivo teórico de las unidades menores consistía en aumentar el ratio de oficiales con respecto al de hombres para mejorar la instrucción, disciplina y orden, la desertión masiva en los rangos bajos dio como resultado tales compañías desniveladas. Así, por ejemplo, a primeros de julio de 1644 una muestra de la caballería del ejército de Alentejo revela una ratio de solamente seis hombres por cada oficial. En 1653, los ratios del mismo ejército variaron de unos 8:1 en infantería y 9:1 en caballería⁶³.

En el ejército de Extremadura en marzo de 1641 las ratios eran de 7:1 en infantería y 12:1 en caballería (White, 1985: 261-2). En 1649, la ratio general de hombres/oficiales en la caballería seguía siendo alrededor de 13:1 (White, 1985: 262). Este desequilibrio en las compañías y tercios consumía una parte importante de la asignación mensual (la mesada) del ejército, y causaba que el rey y la Hacienda presionaran por una reducción del número de unidades por medio de una consolidación de las mismas. En el año 1660, por ejemplo, la Junta de Guerra de España propuso la reforma de treinta de las noventa y cuatro compañías de caballería del ejército de Extremadura debido a que varias de ellas se componían solamente de oficiales. Se sugirió que cada compañía de caballería contase con cincuenta y cinco hombres. En 1657 en plena campaña, la ratio de soldados de infantería con respecto a oficiales en el ejército de Extremadura disminuyó ligeramente a 9:1, pero para finales de 1663, dicha ratio entre los alojados en la provincia disminuyó bruscamente a nada menos que 2:1, suponiendo una división claramente impracticable. Una solución simple por parte del gobierno central era la reforma del ejército, aunque dicha decisión raramente se llevaba a cabo por la posibilidad de causar fricciones en lo que quedaba de la fuerza militar al suponer un foco de tensión entre los oficiales (White, 1985: 262).

62. Véase por ejemplo, Clonard, 1851-1862, III: 426-428, citando una orden del 24-12-1560 para reformar los soldados españoles sirviendo en Piamonte y Lombardía, «...Y es nra voluntad y queremos que el numero de la dha infanteria que agora hay, quede y se reduzga en 3.000 infantes, con un maestro de campo y 10 capitanes...».

63. Calculado de las cifras contenidas en la carta fechada el 13-7-1644 en Madureira dos Santos, 1973: 34-35, excluyendo la caballería que se guarnecía en Villaviciosa y algunos de los sesenta caballos «sin montura»; BA44-XIII-32 (109), f. 1v.

Teniendo en cuenta la información existente al respecto, podíamos extraer algunas conclusiones. Primeramente, en relación a la estrategia, la decisión de Felipe IV de limitar el frente portugués a su capacidad defensiva hasta el año 1661 restringió las opciones estratégicas a tomar por el Consejo de Guerra castellano y las autoridades militares, especialmente en el mayor frente de guerra en Extremadura. Además, dicha restricción de opciones en manos de las autoridades militares fue incrementada como consecuencia de la construcción de fortificaciones modernas a lo largo de la frontera portuguesa (White, de próxima aparición). Sin embargo, mientras que la relativa ausencia de batallas entre ejércitos completos parecería encajar en el modelo clásico de la RM, indicando que la presencia de modernas fortificaciones tenía como consecuencia que las batallas resultasen intrascendentes (Parker, 1995: 42), otros factores parecen tener más peso. La decisión por parte de Castilla de evitar la batalla abierta tenía su origen en el temor a arriesgar la reputación del monarca, o también, por la poca inclinación de los jefes militares a comprometerse en acciones que pudieran destruir su estatus o prestigio. A pesar de que estos problemas concernían de igual manera a los portugueses, el principal temor de este gobierno consistía en que en caso de que el ejército principal portugués resultara derrotado y destruido en batalla, el acceso a la capital sería tomado por el victorioso ejército castellano. La primera batalla involuntaria de la guerra ocurrida en Montijo (1644), entre Badajoz y Mérida, aumentó este temor. Por otra parte, la proximidad de la corte al principal frente de guerra permitió al régimen de Lisboa imponer su prudente estrategia sobre las autoridades militares con incluso mayor eficacia: en menos de cuatro días —y aún con más rapidez entre 1643-1645 cuando el monarca se desplazó a la provincia para estar cerca de su ejército mientras duraba la sesión de campaña— tras enviar un informe a Lisboa, el rey podía transmitir instrucciones al comandante y reiterar la estricta orden de no emprender batalla.

En segundo lugar, junto al uso de las tácticas y armas más avanzadas, y una clara confianza en la potencia de fuego, es evidente que se continuaban utilizando los antiguos métodos medievales de la guerra. Las razones eran claras: la guerra al viejo estilo se podía aplicar brillantemente para conseguir determinados objetivos. Al haber sido relegada en la Península la guerra contra Portugal a un segundo término⁶⁴, las autoridades militares de Castilla no poseían más opción que la de enfrentarse a una guerra de desgaste. Debido a ésto la velocidad y el factor sorpresa jugaban un papel primordial. Esto ocurría sobre todo en las correrías contra civiles indefensos o en el intento de someter una guarnición enemiga. En estos casos, el uso de la artillería era prácticamente innecesario, sobre todo en contra de terraplenes contruídos con tierra, aunque eran útiles en el ataque a guarniciones de fuertes de piedra o castillos y fortalezas importantes en posesión de sistemas más elaborados de defensa en capas. Además, al consistir una de las tácticas en desplazarse de noche y rápidamente para evitar el ser detectados y caer sobre víctimas confiadas al amanecer, el cargar con cañones hubiera retrasado la maniobra y puesto en peligro el éxito de estas incursiones rápidas. En las muy raras ocasio-

64. E incluso menor en la lista general de prioridades.

nes que se llevó el cañón en dichas raudas incursiones, éste generalmente se abandonaba cuando la fuerza asaltante estaba a corta distancia de su objetivo⁶⁵. También se empleaban otras tácticas como la cabalgada, y las incursiones fronterizas. De hecho, la incursión consistía en la práctica militar de caballería más utilizada en la guerra y era mantenida de forma eficaz por ambos bandos⁶⁶.

Comparando los ejércitos de campaña con los que actuaban en el foco de la RM y en cuanto al tamaño y composición de los mismos en temporada de movilización de sus fuerzas, podríamos decir que se trataba de «ejércitos compuestos» que solamente se podían sostener durante unas semanas, y en el frente principal sin sobrepasar generalmente más de una de las dos temporadas de campaña. Al formar un ejército de campaña, la escasez de dinero afectaba a ambos bandos y los forzaba a limitar el tamaño de sus ejércitos principales, y depender fuertemente de soldados no permanentes o de contingentes de otras provincias. Incluso en el periodo de la guerra llamado «gran guerra», con el influjo de extranjeros y tropas de veteranos de otros frentes, el problema de movilización de recursos, junto con los continuos problemas de financiación, limitaban el tamaño de los ejércitos principales, aunque este problema no se diferenciaba de los de otras partes de Europa. La falta de dinero para la paga producía asimismo un alto índice de desertiones, lo que conjuntamente con la falta de voluntad existente para alistarse explica la reducción del tamaño de las unidades de los ejércitos de la guerra de 1640-1668.

Como consecuencia, al examinar la documentación sobre cambios militares en la guerra Luso-castellana de 1640-68, no deberíamos precipitarnos en aceptar la existencia de ciertos elementos como pruebas de la expansión de las reformas innovadoras asociadas con la RM. Un análisis cuidadoso —sólo hemos podido analizar unos pocos casos en este ensayo— demostraría que dichas reformas se podrían interpretar como una adaptación pragmática a niveles locales y centrales de problemas surgidos y de una terrible escasez —principalmente de recursos humanos y financieros— siendo éstas las características de la guerra de dicho periodo.

Bibliografía

- ABLANCOURT, F. d' (1701). *Memoires de Monsieur d'Ablancourt*. París: Heritiers de la Veuve de Mabre Cramoisi.
- ADAMS, S. (1995). «Tactics or politics? "The Military Revolution" and the Hapsburg hegemony, 1525-1648». En: ROGERS (1995), p. 253-272. (Publicado antes en Lynn, J. A. (dir.), *Tools of War. Instruments, Ideas, and Institutions of Warfare, 1445-1871*. Urbana: University of Illinois Press, p. 28-52.)
- ANDRADE E SILVA, J.J. (1855-56). *Collecção Chronológica da Legislação Portuguesa*. 1648-56. Lisboa: Imprensa de F. X. de Souza.
- Anónimo (1973). «Relação de tudo...» en Madureira Santos (1973), p. 185-218.

65. Como hemos visto anteriormente con la tentativa del conde de Castelmelhor de llegar a Badajoz en el verano de 1645. Laranjo Coelho, 1940, II: 97.

66. Véase la fuerte oposición de los comandantes al mando tanto del ejército de Extremadura como del de Alentejo a la prohibición de incursiones impuesta por el príncipe Teodosio en 1652 junto con João IV y Felipe IV en 1654. Ericeira, II: 377 y 438-44, y White, 1985: 233.

- Anónimo (1659). «Diaria Relacion de lo svcedido al Exército de Galicia, governado por el Excelentíssimo señor Marqués de Viana, desde 28. de Agosto del año passado de 1658. que entró en el Reyno de Portugal, hasta 17. de Febrero de 1659. que después de la toma de Monzón, restauró la villa de Salvatierra». Sevilla: Juan Gómez de Blas (BNM VC/56/144).
- BARRIONUEVO, J. de (1968-1969). *Avisos de Don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*, 2 tomos. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas.
- BOXER, C.R. (1976). «Marshal Schomberg in Portugal, 1660-68». *History Today*, 26, p. 653-663.
- CARDIM, P. (1998). «“Portuguese rebels” at Münster. The diplomatic self-fashioning in mid-17th century European politics». *Historische Zeitschrift*, 26, p. 293-333.
- CESAR, V.J. (1935). «Batalha das Linhas de Elvas. 14 de Janeiro de 1659». Elvas: Tipografia Progresso. Separata de *Arquivo Transtagano*.
- CHILDS, J. (1975). «The English brigade in Portugal, 1662-68». *Journal of the Society for Army Historical Research*, 53, p. 135-147.
- CLAUSEWITZ, C. Von (1984). *On War* (edición de Howard, M., y Paret, P.) Princeton: Princeton University Press.
- CLONARD, conde de (1851-1862). *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, 16 tomos. Madrid: Imprenta del Boletín de Jurisprudencia.
- COOK, W.F. Jr. (1994). *The Hundred Years War for Morocco. Gunpowder and the Military Revolution in the Early Modern Muslim World*. Boulder, Col.: Westview Press.
- CORTÉS CORTÉS, F. (1982). «Guerra en Extremadura: 1640-1668». *Revista de Estudios Extremeños*, 38: 37-122.
- (1991). *Militares y guerra en una tierra de frontera. Extremadura a mediados del siglo XVII*. Mérida: Junta de Extremadura.
- CROXTON, D. (1999). *Peacemaking in Early Modern Europe: Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia, 1643-1648*. Selinsgrove, N.J.: Susquehanna University Press.
- DEMERSON, P. (1994). «Correspondance diplomatique de François Lanier resident de France a Lisbonne (1642-1644) (Pt 1)». *Aquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian*, 33, p. 739-822.
- Diccionario de Autoridades (1990). (Ed. facsímil, Real Academia Española). Madrid: Gredos.
- DUFFY, C. (1979). *Siege Warfare. The Fortress in the Early Modern World 1494-1660*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, S. (1955). «Fragmentos de la Historia de la Infantería Española». En su *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIX, pt. II.
- ELLIOTT, J.H. (1963). *The Revolt of the Catalans*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1986). *The Count Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*. New Haven: Yale University Press.
- ELTIS, D. (1995). *The Military Revolution in Early Modern England*. Londres: I B Tauris Publishers.
- ERICEIRA, conde da (1946). *Historia de Portugal Restaurado*, 4 vol. Porto: Livraria Civilização.
- ESPINO LÓPEZ, A. (1999). *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, F.J. (1992). «The road to Rocroi: the Duke of Alba, the Count Duke of Olivares and the high command of the Spanish Army of Flanders in the Eighty Years War, 1567-1659». The Johns Hopkins University, tesis doctoral, sin publicar.
- HESS, A. (1978). *The Forgotten Frontier. A History of the Sixteenth-century Ibero-African Frontier*. Chicago: University of Chicago Press.

- HESPANHA, A.M. (1986). *As vésperas do Leviathan. Instituições e poder político. Portugal século XVII*. 2 tomos. Rio de Mouro: Artes Gráficas.
- (1992). «La «Restauração» portuguesa en los capítulos de las Cortes de Lisboa de 1641». En: *1640: La monarquía hispánica en crisis*. J. H. Elliott, R. Villari, A.M. Hespanha et al. Barcelona: Crítica, p. 123-68.
- JESÚS, Frei Rafael de (1942). *Segundo volume da 18ª parte da «Monarchia Lusitana»*. Coimbra: Biblioteca Geral da Universidade de Coimbra.
- LADERO QUESADA, M.A. (1967). *Castilla y la conquista del Reino de Granada*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- LARANJO COELHO, P.M. (dir.) (1940). *Cartas dos governadores da província do Alentejo a El-Rei D. João IV*, 3 tomos. Lisboa: Academia Portuguesa da História.
- LENIHAN, P. (2001). *Catholic Confederates at War, 1641-49*. Cork: Cork University Press.
- LIVERMORE, H.V. (1947). *A History of Portugal*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LOPES DE ALMEIDA, M. y PEGADO, C. (dir.) (1940). *Livro 2º do registo de cartas dos Governadores das Armas (1653-1657)*. Coimbra: Universidade de Coimbra.
- LYNN, J.A. (1993). «Food, funds, and fortresses: resource mobilization and positional warfare in the campaigns of Louis XIV». En: LYNN, J.A. (dir.). *Feeding Mars. Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present*. Boulder: Westview Press. p. 137-59.
- (1995a). «The *trace italienne* and the growth of armies: the French case». En: ROGERS (1995), p. 169-199. (Publicado antes, en 1991, en *Journal of Military History*. 55.)
- (1995b). «Recalculating French army growth during the *Grand Siècle*, 1610-1715». En: ROGERS (1995): p. 117-147. (Publicado antes, en 1994, en *French Historical Studies*. 18, 881-906.)
- (1997). *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MADUREIRA DOS SANTOS, H. (1973). *Cartas e outros documentos da época da Guerra da Aclamação*. Lisboa: Estado-Maor do Exército.
- MALTBY, W.S. (1983). *Alba. A Biography of Fernando Alvarez de Toledo, Third Duke of Alba 1507-1582*. Berkeley: University of California Press.
- MASCAREÑAS, J. (1663). «Campanña de Portugal por la parte de Estremadura. El año de 1662». Madrid: Diego Diaz de la Carrera.
- MCJOYNT, A.D. (dir.) y PRESCOTT, W.H. (1995). *The Art of Warfare in Spain. The Conquest of Granada 1481-1492*. Londres: Greenhill Books.
- Memorial Histórico Español (MHE) (1861-1864), vol. XIII-XIX. *Cartas de Algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648*. Madrid: Imprenta Nacional.
- OMAN, C. (1987). *The Art of War in the Sixteenth Century*. Londres: Greenhill Books.
- PARKER, G. (1972). *The Army of Flanders and the Spanish Road*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1995a). The «Military Revolution» 1560-1660: a myth?». En: ROGERS (1995), 37-54. (Publicado antes, en 1976, en *Journal of Modern History*. 48, p. 195-214.)
- (1995b). «The Soldier». En: R. Villari (ed.), *Baroque Personae*. Chicago: Chicago University Press, p. 32-56.
- (1996). *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800* (2ª ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- PARROTT, D. (1992). «The Military Revolution in Early Modern Europe». *History Today*, 42, p. 21-27.

- (1995). «Strategy and tactics in the Thirty Years' War: the "Military Revolution"». En: ROGERS (1995), p. 227-51. (Publicado antes, en 1985, en *Militär-geschichtliche Mitteilungen* 18, núm. 2.)
- (2001). *Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PEPPER, S. y ADAMS, N. (1986). *Firearms and fortifications. Military architecture and siege warfare in sixteenth-century Siena*. Chicago.
- POWERS, J.F. (1988). *A Society Organized for War*. Berkeley: University of California Press.
- PRESTAGE, E. (1917). *Ministros Portugueses nas cortes estrangeiras no Reinado de D. João IV e a sua correspondencia*. Porto.
- (1920). *A Embaixada de Tristão de Mendonça Furtado á Holanda em 1641*. Coimbra: Imprensa da Universidade.
- (1925). *The Diplomatic Relations of Portugal with France, England, and Holland from 1640 to 1668*. Watford: Voss & Michael.
- PUYPE, J.P. (1997). «Victory at Nieuwpoort, 2 July 1660». En: HOEVEN, M. van der (dir.), *Exercise of Arms. Warfare in the Netherlands, 1568-1648*. Leiden: Brill, p. 69-112.
- ROBERTS, M. «The Military Revolution, 1560-1660». En: RODGERS: (1995), p. 13-35. (Publicado antes, en 1967, en su *Essays in Swedish History*. Minneapolis, p. 195-225).
- RODRIGUES, V.L.; CONCEIÇÃO, P. G. da (1998). «A evolução da Arte da Guerra dos Portugueses no Oriente (1498-1622)». 2 tomos. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, tesis doctoral, sin publicar.
- ROGERS, C.R. (1995). *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*. Boulder, Col.: Westview Press.
- SANABRE, J. (1956). *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)*. Barcelona: Real Academia de Buenas Letras.
- SELVAGEM, C. (1994). *Portugal militar. Compendio de história militar e naval de Portugal. Desde as origens do Estado Portucalense até o fim da Dinastia de Bragança*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- SERRÃO, J. Veríssimo (1980). *História de Portugal*. Tomo V. Póvoa de Varzim: Editorial Verbo.
- STEWART, P.J.J. (1961). «The army of the Catholic Kings: Spanish military organization and administration in the reign of Ferdinand and Isabella, 1474-1516». Urbana: University of Illinois, tesis doctoral, sin publicar.
- STRADLING, R.A. (1994). «Spain's military failure and the supply of horses, 1600-60». En: STRADLING, R.A. *Spain's Struggle for Europe 1598-1668*. Londres: The Hambledon Press. (Publicado antes en 1984 en *History*, 69, p. 208-221).
- TAYLOR, F.L. (1921). *The Art of War in Italy*. Westport: Greenwood Press.
- VALLADARES, R. (1991). «Guerra y política. Felipe IV y la lucha por la restauración de Portugal (1640-1668)». Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia.
- (1992). «Inglaterra, Portugal y la monarquía hispánica. Felipe IV y la alianza anglo-portuguesa (1640-1670)». Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia.
- (1998a). *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica (1640-1680)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- (1998b). *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la Restauración de Portugal (1640-1668)*. Ciudad Rodrigo: Centro de Estudios Mirobrigenses.
- VASSAL-REIG, C. (1934). *La Guerre en Roussillon Sous Louis XIII (1635-1639)*. París: Editions Occitania.

- VOGT, J. (1977). «Saint Barbara's legion: Portuguese artillery in the struggle of Morocco, 1415-1578». *Military Affairs*, 41, p. 176-182.
- WHITE, L. (1985). «War and government in a Castilian province: Extremadura 1640-1668». Inglaterra: University of East Anglia, tesis doctoral, sin publicar.
- (1998). «Los tercios en España: el combate». *Studia Histórica. Historia Moderna*. 18, p. 141-167.
- (2001). «Spain's early modern soldiers origins, motivation and loyalty». *War & Society*, 19 (2), p. 19-46.
- (2002). «The experience of Spain's early modern soldiers: combat, welfare and violence». *War in History*, 9 (1), p. 1-38.
- (de próxima aparición). «La transición a las fortificaciones modernas en la guerra luso-castellana, 1640-1668».